

Lo peor era no saber siquiera qué día, qué año o qué mes estaba transcurriendo por el calendario. Dentro, siempre la bombilla eléctrica encendida, y sin poder mirar a lo lejos, al horizonte.

—Daría cualquier cosa por que pudiéramos mirar el mar —dijo Federico—. Me acuerdo de Tarragona. El mar es como la libertad —añadió—. Me acuerdo de cuando tocaba las olas. Pensaba que venían de Grecia, de otro mundo.

Daban vueltas, pegados a las sombras en el verano, siguiendo las sombras de los muros.

Así se pasó el verano y llegó el otoño. Cuando llovía, como el patio estaba atestado de hombres, los que llegaban primero se amontonaban debajo de las marquesinas de fibrocemento que tenía el patio en un rincón. Otros, los que no conseguían sitio, se quedaban fuera calándose hasta los huesos, arrimados a la puerta de las galerías. Aunque estuviera abierta no se atrevían a entrar o, si estaba cerrada, a aporrearla con los puños.

Aquel año descargaron unas tormentas muy largas. El cielo se pasaba encapotado toda la tarde. Se ponía a llover y parecía que no iba a terminar nunca. Los presos que estaban en la zona descubierta se agolpaban a la entrada de la galería, esperando a que abrieran la puerta. Se empujaban para ocupar los primeros puestos. Lo peor era cuando le tocaba a don José de servicio. Los vigilantes la emprendían con los vergajos y atrancaban la puerta. Siempre dejaban un rato a la gente remojándose.

—El oficial ha dicho que no paséis hasta que no guardéis el orden.

Les caía el agua fría por todo el cuerpo. Seguían los presos un rato, como aguantando bajo una ducha.

Don José mandaba abrir y la gente retrocedía con miedo, temblando, hacia la lluvia.

—¡A formar! —mandaba desde dentro.

Se ponían los hombres firmes aguantando el agua. Pasaba así un rato, y luego iba llamándoles por filas. Si alguno se precipitaba le volvían atrás para que siguiera mojándose.

Permanecían tiritando en las galerías mientras duraba el temporal y, después, nuevamente, los volvían a golpes hacia el patio, para que el aire y el calor del cuerpo les secaran las ropas.

Pero, en ocasiones, había una mejor vida, porque al menos se olvidaban de ellos. El tiempo iba a más frío. Los vigilantes ni siquiera hacían caso de los presos. Después de la cena venía don José y se metía en la garita del patio. Se ponía pegado a los cristales, mirando distraídamente, hurgándose los dientes con un palillo.

Era casi oscurecido. Caía una lluvia menuda y fría. Se veía la lumbre de los cigarros y el vaho de las respiraciones de los presos.

—¿Por qué esperará este hijo de...?

—Nos meterán antes de que se haga de noche, tienen miedo a que nos perdamos alguno —dijo Federico.

—Lástima que no se perdiera uno de veras...

—¿Qué día es hoy? —preguntó Pedro.

—Qué más da. ¿Por qué?

—Dicen que los alemanes han llegado a las puertas de Moscú, de Leningrado y de Stalingrado, que de seguro ganan la guerra.

—¡Bah! —dijo Federico.

—¡Callaros! Si os oye algún chivato... —dijo uno que estaba al lado de ellos. Se apartó.

—Nadie nos atrevemos a nada. No sé lo que ha pasado, pero todos estamos como borregos y la gente deja hasta que la lleven a matar a chorros —dijo Pedro.

Sabían noticias por uno que estaba destinado en la ventanilla, o por otro de la oficina.

—Franco no habría ganado de no haber sido por los nazis y por Mussolini. La guerra de ahora es una continuación de la de España, y acabará en España, ¿no? —preguntaba Federico, como inseguro.

Y llegaba el invierno. Por las tardes hacía mucho frío en el patio. Fue cuando Pedro agarró una pulmonía. Dijo que le dolía el pecho. Se había pasado tosiendo toda la tarde.

Federico se acercó a la puerta de la garita acristalada y llamó con los nudillos. Los cristales estaban empañados, porque dentro tenían un brasero. Estaban allí don José y un funcionario moreno que había llegado hacía poco a la prisión.

—Hay un muchacho que está muy enfermo.

—¿Tú eres médico? —preguntó con sorna el vigilante.

—Sí, señor.

—Tú ahora eres un recluso más —le cortó don José. Se puso en pie precipitadamente. Era un poco más bajo que Federico.

—Puede ver usted mismo que el muchacho está malo.

—Lámeme don José, ¿entiende? —alzó la voz—. Que se apunte mañana a reconocimiento.

Se asomó a la puerta, vio a tres o cuatro presos que se habían quedado un poco apartados del resto del grupo y

miraron hacia la garita. Al oficial se le demudó la cara de rabia.

—Sacúdales a aquéllos —dijo.

El funcionario se acercó con el vergajo en la mano y dio un golpe a bulto a los que estaban más cerca. Todos retrocedieron y se mezclaron con la masa de hombres.

—Le voy a mandar a celdas. Le daré parte al director de que está usted arremolinando a la gente. ¡Váyase! ¡Váyase! —gritó. Se puso pálido. Tenía los labios secos, y se los mojaba de saliva. Apenas atinaba a hablar.

Pedro sudaba y tenía mojado todo el cuerpo. A ratos tiritaba y notaba la vista velada, soñolienta. Por la noche le dio mucha fiebre y, por fin, se lo llevaron a la enfermería.

Federico se pasó cinco días en una celda de castigo, una celda parecida a aquella en la que estuvo su primer mes de prisión, pero más pequeña y húmeda, con el techo abovedado y lleno de telarañas.

Estaba solo y, para distraerse, con un trozo de cal que se había desprendido de la pared pintó un mapa en el suelo, como cuando era chico.

—¿Qué dices?

Sonó el timbre y arrieron aún más las voces. Algunas mujeres habían levantado en alto a los chicos. Los presos veían a los chiquillos con los brazos abiertos, al otro lado de las telas metálicas. Apenas había luz en el locutorio y la gente se veía como detrás de una niebla espesa. Federico miró los colores de los trajes de las mujeres, los colores muy vivos, violentos, que se derretían entre la multitud del locutorio. Le parecía un mundo lejísimo, que se deshacía.

—¡Adiós, papá!

—¡Padre! Mira, aquí.

—¿Qué? ¿Qué decías?

—¡Adiós! ¡No te preocupes!

—Te escribiré antes, para avisarte —gritó Celia. Agitaba la mano. Reía y arrugaba la cara nerviosamente. A Federico le pareció que ella estaba llorando o haciendo esfuerzos por no romper a llorar.

—¡Adiós, noieta, adiós! —dijo.

Un oficial se asomó detrás de los presos y dio dos palmadas.

—Venga, venga. Ha terminado la comunicación.

Federico volvió a la enfermería. Andaba como un sonámbulo. Estuvo pegando unas etiquetas en unos frascos. Se le pasó el rato sin sentir. Le parecía que aún estaba viendo a la gente, a los visitantes que gritaban, con las caras desencajadas. Enseguida tocaron fajina y tuvo que salir al patio. Formó detrás de Pedro, con el plato de hierro en la mano.

—¿Qué tal están los tuyos? ¿Te ha traído tu hermana algo de comer?

—Sí, nos ha dejado un paquete.

—Estábamos ya sin meriendas —dijo Pedro.

Pocos días después llegó una expedición de cincuenta y tantos presos políticos. Llegaron cuando los patios estaban llenos de gente y se enteró todo el mundo. Se supo que venían algunos condenados a muerte; catorce o quince. Aunque a toda la expedición la llevaron directamente a las celdas, se produjo entre los veteranos mucha inquietud. Durante varias semanas la gente tuvo los nervios de punta. Por las noches estaban siempre escuchando por si oían abrir las celdas de las pepas. Casi nadie había visto a los nuevos, ni sabía cómo eran, pero hablaban de ellos a cada momento.

—¿Los llevarán a la provincial?

—A lo mejor sí y ya ni Dios volverá a hablar del asunto —dijo Pedro.

—Cuando estuve en Jaén, la cárcel estaba llena de pepas, y se ahorcaban por las noches. Los imaginarias sujetaban a los que querían ahorcarse, pero una vez se ahorcaron también los imaginarias. Por la mañana las vigas del techo estaban llenas de colgajos —dijo uno.

—No paran las cosas, ni pueden pararse nunca —se atrevió a decir Federico.

—Dicen que los alemanes están jodidos en Rusia, en Ucrania, en Leningrado, donde está la División Azul que envió Franco, como una división nazi más, y en Stalingrado —dijo otro.

—No habléis tan alto.

—Toda la comida se la llevan los alemanes. Franco les ayuda o les paga ahora —dijo Pedro—. Eso me ha contao mi madre.

Las castañas son muy duras, saben dulces y como un poco rancias.

—Vamos andando hasta la Castellana, hasta el 17.

—Sí.

—Es un tipo que vale este Maxi, ¿verdad? —dice Enrique.

—Sí.

—Mi hermano me dijo que había estado con él en la guerra y que se jugaba el tipo como ninguno.

—¿Crees que nos llevará por fin?

—Claro que sí.

—Tengo ganas de hacer algo, aunque no sé, me da miedo que nos cojan antes...

Enrique escupe. Se limpia la boca con el revés de la mano.

—Algunas saben amargas, como a rancio.

XIX

—Es preciso reconocer que los alemanes y los japoneses, los samurais y los germanos —subraya don Mariano— constituían una alianza de cuidado, pero las cosas no marchan siempre a pedir de boca.

—Los alemanes llevan más de un mes y medio resistiendo en Monte Casino, saben echarle riñones. Si no les hubieran fallado los italianos... Y... todavía veríamos —dice Pepe.

El médico de prisiones y Pepe se vuelven para mirar a Miguel, que sigue jugando, distraídamente, con la cucharrilla. Entra una franja de sol por la ventana de la cantina y hace culebrillas en los vasos. El agua tiembla dentro de los vasos con el pequeño vaivén de la mesa.

—¿Tú no lo crees así?

Miguel se despabila, de pronto. Está como extraño —do de que le preguntara a él.

—Ya es demasiado empalago de guerra. No sé. La política me fastidia. Por la política tuvimos que hacer la guerra nosotros.

—Hasta ahí estamos, pero no se trata ahora de política. Lo que se ventila es qué raza es mejor, quiénes son los más pistonudos —dice Pepe.

—Los alemanes no le dan mucha importancia al individuo, sólo al líder —dice don Mariano.

—Le dan poca importancia a la escoria; el que vale, vale. De la plebe no salen más que bestias de carga —dice Pepe—, desengañate, doctor.

Andaba mecánicamente, con la cabeza vacía, sin pensar nada. El calor le tenía con mucha desgana. Sólo sentía ganas de acostarse, de que terminara su día de servicio, y de pronto se encontraba con aquello.

—Habrás que registrar los dormitorios, dejarlos a todos en pelota viva, a ver si hay matute —dijo el otro oficial. Era uno nuevo, un hombrín con bigote recto.

—¿Tú estás de jefe de día? —añadió.

—Sí.

—¿Vas a avisarle al director?

—Cuando venga esta tarde —dijo Miguel.

—Ya.

Habían llegado al Centro de Vigilancia. Sobre la mesa había un pisapapeles de mármol blanco, muy sucio, y Miguel se puso a empujarlo con la punta de los dedos.

—Están engallados con lo de la guerra europea, es lo que pasa —comentó el del bigote—. Ahora, que no esperarán que vayamos a aguardar con los brazos cruzados a que vengan a darnos el paseo. ¿No os parece?

Llegaron otros dos funcionarios y el oficial de portillo. El oficial del bigotito se puso a leer una novela policiaca, de Edgar Wallace.

—No estaría mal una partida de subastao —dijo, cuando había leído un par de hojas.

—No tengo ganas —dijo Miguel.

—¿Estás preocupado con lo de la puñetera huelga? —Psch.

—¿Tenéis prensa? —preguntó el de portillo—. El *Informaciones* decía anoche que estaban a punto de sacar un arma secreta los alemanes.

—Ojalá —dijo el del bigote.

—Son capaces.

—¿De verdad que no creéis que lo que pasa a los presos es que están engallaos con lo de la guerra? —preguntó el del bigote.

—Es lo que yo digo.

—Sí, señor —dijo el vigilante—. Don Blas tiene razón, lo vengo notando últimamente.

—El comandante que yo tenía —dijo otro funcionario— decía que no debía uno darle vueltas a lo que no entiende. «Doctores tiene la Santa Madre Iglesia». Al final se arreglará todo.

—Sí, pero ahora se relamen de gusto los muy hijos de puta —insistió el del bigote.

Cuando llegó el director, los encontró hablando de lo mismo. Miguel le comunicó lo de la huelga, sin darle demasiada importancia.

—Vaya gaita —dijo el director. Venía fumándose un faria que estaba muy mordisqueado y manchado de saliva hasta su mitad.

—Si pudiéramos cortar la cosa antes de que trascendiera, sería mucho mejor. Registrenlos y redoblen la vigilancia para que no les entre nada, ni un papel —añadió.

Se atusó el pelo con la mano. Lo llevaba peinado hacia delante por disimular un poco su calvicie.

—¿Registramos los dormitorios, ahora que están en el patio? —preguntó el del bigote.

—Que hagan zafarrancho, que carguen primero con sus bártulos y los pongan en el patio. Llevad a celdas a los tres o cuatro que sean los responsables.

Miguel asistía a la conversación, sin intervenir. Bos-tezó y volvió a mover el cenicero de mármol, con la punta de los dedos.

—¿Eh, Miguel? —dijo el director.

—Bien. Me alegro de que hayas venido. No sabes cuánto me alegro —dice Federico. Se vuelve un momento para mirar a su hermana—. Está mejor, mucho mejor, la encuentro mucho mejor —dice, y le nota mucha alegría. Se le nota saltar de alegría, bailar sobre las piernas.

—Sí.

—Tenía que hablarte del chico, de Juanito —dice Asunción. Mira al vigilante, que pasea de un lado a otro, por el pasillo que hay entre las dos telas metálicas. Ahora está de espaldas el vigilante, llegando a la otra punta del pasillo—. Sí, Juanito. Se ha ido a la sierra —hace un gesto en el aire.

—Ah —dice. Se queda un momento callado—. Claro, no lo había pensado, lo recuerdo todavía pequeño; pero es natural...

—Nos ha dado un buen disgusto.

—¿Por qué? —Se la queda mirando—. ¿Qué iba a hacer?

—Todo el mundo no va a irse. Son pocos. ¿Sabes?

—Él era uno de nosotros y tenía que arrancar así. Dicen que va a irse mucha gente.

—Es posible...

—No podéis tomarlo a mal, ni mucho menos. Tú no te preocupes, que al final...

—¿Cuándo?

—Enseguida, no sé cuándo, pero...

Celia se interpuso. Echó sus palabras en medio de las de los dos cuando vio que se acercaba paseando el vigilante.

—¿Sabes algo de cuándo sales?

—Puede que sea este año. No pasaremos aquí dentro la Nochebuena. Ya verás.

—¡Ay, hijo!

—Ya sabéis lo de Francia.

—Sí.

—Se derrumban los alemanes. —Se vuelve a Asunción—. ¿No te importará que siga escribiéndote? Escríbeme tú, si quieres. No me importa que me oigan, ¿sabes? Lo que te he dicho de Francia.

—No. Yo también te escribiré —dice, sonriendo, saltando también sobre las puntas de los pies, echada sobre la tela metálica.

El vigilante se había detenido, cerca, pero no parecía ocuparse de nadie.

—Sí, te oigo —dice Asunción en broma, haciendo un mohín.

Federico se ríe.

—¿Vendrás más veces, antes de regresar a Madrid?

—Claro. Siempre que pueda colarme tu hermana... He pedido un permiso sin sueldo, donde trabajo, hasta que se me acabe el dinero —dice sonriendo, encogiéndose un poco de hombros.

—Por mí, siempre que pueda —dice Celia—. Yo pienso pasarme una semana en Guadalarreal.

—Y no te preocupes por Juanito —dijo Federico—. Ha hecho lo que tenía que hacer... aunque quizás sea un poco joven —dice, como recapacitando.

—¡Qué chico!

—Le veremos, cuando termine todo esto.

—La prima Anita, la del Valentí, está otra vez embarazada, se me olvidó contártelo ayer —intervino Celia.

—Vaya, se dan prisa.

—Es verdad.

—A mí también me gustaría tener chicos. Aquí es cuando se da uno cuenta de que debe de ser importante tener hijos.

Pasa una consulta en el patio. El médico de prisiones, don Mariano, le ha encargado a Federico que la pase él solo.

—Así nos desbroza usted la otra de la enfermería, ¿eh, Vidal? —le dijo.

Federico, cuando termina de comunicar con Asunción y Celia, tiene que ir al patio. Ya hay un grupo de hombres que se han apuntado para reconocimiento. Delante de la puerta de la galería están Pedro y Álvaro, paseando. Pega el sol. Cae de plano y no se mueve una brizna de aire. Sólo hay sombra en el lado donde esperan los enfermos. Algunos tienen las caras amarillas, los ojos inexpressivos. Están flacos. Hay un muchacho con la cabeza vendada y otro con la cara llena de costrones.

—¿Te has enterado? —le pregunta Pedro a Federico, saliéndole al paso.

—¿De qué?

—Están locos los fachas; se creen que no se les va a terminar nunca el mando. Creo que han sacado gente de la otra cárcel ayer de madrugada.

—¿Los fusilaron?

—Siguen en sus trece.

—¿Has conseguido ver a los de las celdas?

—No. Fue a visitarlos don Mariano. No me dejaron bajar a mí.

—Pero, ¿entiendes eso de la provincial? —preguntó Álvaro.

—Tal y como están las cosas internacionales...

—No tiene que ver, en Madrid es peor ahora. Tienen que seguir alimentando su máquina —dice Pedro.

—Sí —dice Federico.

—¿Ha venido tu hermana con Asunción?

—Termino ahora mismo de comunicar con ellas.

—¿Estarías contento? —dice Pedro.

—Sí.

—Vaya. ¿Qué cuentas? Dicen que los maquis tienen dominada media Francia —intervino Álvaro.

—La cosa está que arde —dice Pedro.

—Me ha dicho Asunción que la gente está echándose a las sierras.

—¿Quién?

—Se ha ido ese chico que conocí yo en Madrid, ese Juanito del que os he hablado algunas veces.

Se abre paso Federico, entre el grupo de enfermos. Les da la espalda y se van apartando al verle.

—Dejadme, hacer sitio.

Se pierde entre el bosque de cuerpos.

—A ver si consigues que me manden a la enfermería, compañero —le dice uno.

Vuelven las caras, conforme cruza Federico.

—Mira, Federico, he vuelto a recaer.

—Oye, Vidal...

—Si no logra entrar Federico a las celdas bajas, hay que hacer algo —dice Pedro.

—Hay que llevarles unos cigarrillos y algo de comer, que vean que no nos hemos olvidado de ellos.

—¿Quién va a ir?

—Yo me encargaré, si Federico no consigue entrar.